

GUILLERMO QUIÑONES ORNELLA

EVOCACION DE ALFONSO MORA

"El hijo estudiante del pintor tomecino Alejandro Reyes nos trajo la noticia. En Tomé, el domingo 14 de abril de 1968, "a las cinco de la tarde", murió el poeta Alfonso Mora Venegas".

Así empezaba un artículo que escribimos a los 4 días de la muerte del amigo escritor. Esas líneas buscaron alero infructuosamente en un diario de Santiago y en otro de Concepción. ¿Qué pasó con ellas? ¿Se perdieron? ¿Fueron desechadas? Lo ignoramos. Sin embargo, ayudó a defraudarnos y conformarnos la convicción de que este hecho guardaba radical coherencia con el destino de la propia obra de este verdadero poeta, relegada al olvido, en parte por la independencia, modestia y altivez de Mora, y en parte fundamental por la pacatería, el seguidismo, el autobombo o el bombo recíproco que tanto disminuyen nuestros ámbitos literarios.

También, sin quererlo, el grupo de pintores tomecinos que convivió con el poeta contribuyó a este conformismo. —"Haremos una Antología que reivindique a Alfonso"...— nos escribieron. Ahora, cuando sentimos que los días se suceden implacablemente veloces, nos decidimos y volvemos a la carga, tratando de evocar al amigo.

Lo recordamos vital y afectuoso, directo e imaginativo. Hijo natural de un tinterillo y cacique político de la zona. Abogado por imposición paterna. Su vida verdadera fue el mar, la poesía, la pasión, el alcohol. Porque "los estrados son zonas / en donde el cardo cunde: / allí los adúlteros hablan de bromas húmedas / y más de algún fracaso debido a los apuros / el juez condena a muerte una mañana/ después de haber regado sus jazmines; / y los terrones perfectamente caben / en treinta líneas, sin pájaros ni flores".

Nacido en Tomé, vivió allí la mayor parte de sus cuarenta y siete años, salvo el período de sus estudios y otro año curando una tuberculosis en el Sanatorio "El Peral". Enamorado del mar ("si no fuera por el mar, no viviría"), una especie de inquietud marinera lo hacía proyectar traslados y viajes a otros climas y ámbitos. No obstante, su destino fue pasear por las calles y por las noches sureñas, su jovialidad, su alegría dionisiaca y blasfemante, su fantasía inagotable y su cojera —"Soy el Diablo Cojuelo" le gustaba repetir, y, noche arriba, junto al mar o a los

cerros, perseguido de vino y exaltación, el grito estentóreo: —“¡Muera el juez! ¡Abajo el cura!”, que asustaba a las gentes de buenas costumbres,

Escribió cuatro libros de poesía, y nadie pareció darse cuenta. En Tomé, salvo el grupo reducido de sus amigos y alguna gente de la Universidad de Concepción, “nadie dijo nada”. De la crítica nacional, sólo un breve comentario de Ricardo Latcham en *Carnet Crítico* queda como testimonio de que en Tomé hubo un poeta “con algo de impresionismo provinciano”. “Viñetas de pueblo, estampas cotidianas y notas de fino atisbo brotan con bizarría en ese conjunto de versos”, dijo Latcham de *La Bestia Mágica*.

Careció de premio y de todo estímulo. Cosa paradójica: a fines de 1967 escuchamos por radio que la Municipalidad de Tomé había decidido costear la publicación del que iba a ser su quinto libro. “¿Qué les habrá pasado... o qué habré o no habré dicho para que ocurra esto?”, nos preguntaba Mora en una de sus últimas cartas.

Y poco antes de la muerte del poeta, el grabador Rafael Ampuero: —“Alfonso está pobre y enfermo. Es necesario de que se haga justicia y Concepción le entregue el Premio Municipal de Arte”.

Quizás es mejor que tampoco se le adjudicara este premio —pienso ahora—; la vida es más verdadera así. Las cosas quedan más claras y esta sociedad en su sitio.

Durante tres años formamos con Mora y un grupo de pintores tome-cinos, entre los que estaban Rafael Ampuero, Alejandro Reyes y Raúl Sanhueza, un grupo discrepante y vocinglero. Un tabernero chusco nos apodó “Los Treiles”.

Otra imagen: el momento, hace doce años atrás, en que junto a otros cuatro profesores, fundamos el Liceo Nocturno de Tomé, donde trabajamos varios años sin cobrar un centavo.

Mora se autodefinió como “pastor de los pájaros del cielo”; pero creyó necesario precisar que “con algo de arcángel expulsado”. Esa fue su condición en un medio pacato que no lo comprendió, que lo subestimó y lo vilipendió.

Por eso, ahora, al entrecerrar los ojos, desandando tiempo, surgen las imágenes contrastantes entre el poeta y su ambiente. Entre tanto Judas y pacatería, entre tanto comercio, entre tanto acomodo y fariseo, la figura de Mora emerge crecida de humanidad. Rebelde, blasfemo, insumiso, vital, tierno y violento; obsesivo, dionisíaco, vociferante, ávido, alucinado, co-jeando y manoteando, alzando la copa y riendo en carcajadas gruesas.

Entre Dichato y Cocholgue —esa maravillosa caletita tomecina—, entre el tinto de Nipas y aguardiente de Coelemu, entre piures, nubes, olas, cerros y gaviotas, teñida de azul cobalto, se ha perdido la figura del poeta; entre tanto, los pintores tomecinos rehacen su hoguera de algas secas en la playa, y hablan y ríen su vino bermejo.

... Su poesía seguirá caminando.